

## **Lefebvre: un pensamiento que vive mediante su visión particular de la dialéctica, la modernidad y la mundialización**

*Andrea Revueltas\**

La caída del muro de Berlín (1989) marcó simbólicamente el hundimiento del “socialismo real” y, para los ideólogos del “pensamiento único”, el fracaso de la teoría marxista. En realidad, fue la versión dogmática y simplista del marxismo –que, transformada en ideología de Estado, sirvió para legitimar al totalitarismo stalinista– la que mostró su esterilidad, su monstruosidad, y no la vertiente viva, esa vertiente que Henri Lefebvre, junto con otros pensadores de su siglo, se empeñaron en recuperar y desarrollar con el fin de abordar los nuevos elementos socio-tecno-económico-políticos que transformaron la realidad del siglo xx, sobre todo durante su segunda mitad. Pensamiento que urge rescatar, reivindicar y actualizar para realizar un análisis crítico en los albores del siglo xxi.

Henri Lefebvre nació en Francia el 16 de junio de 1901 y murió el 29 de junio de 1991. A lo largo de su extensa vida (falleció a los 90 años, dueño de una asombrosa y envidiable lucidez hasta una edad muy avanzada) fue testigo de los acontecimientos que atravesaron el siglo, a la vez que participante de sus luchas y esperanzas revolucionarias. El marxismo, como pensamiento crítico en movimiento y proyecto liberador del hombre, orientó

\* Profesora-investigadora. Departamento de Política y Cultura. UAM-Xochimilco.

su existencia. Militó en el Partido Comunista Francés (al que ingresó en 1928 y del cual salió expulsado en 1958) y dejó una inmensa obra teórica que, en su mayor parte, fue publicada después de su salida, dado que en el seno de este organismo, en el que dominaba el dogmatismo, padeció de manera constante la censura y el ninguneo.

Hacer referencia a esta obra, tan extensa y rica, es particularmente difícil –nos previene su biógrafo Remi Hess<sup>1</sup> por varias razones. La primera, por la amplitud de la presencia de Lefebvre (tanto por el tiempo que dura como por el espacio que abarca); la segunda viene de la manera como articula el contenido de su obra, pues Lefebvre siempre rehusó separar el conocimiento de lo social en secciones, por disciplinas, aislando tal o cual aspecto, y su aproximación a la realidad –a la que considera como totalidad dialéctica, como una interrelación en cambio perpetuo– tiende a ser multidisciplinaria.

Tomando en cuenta esta advertencia, en las presentes líneas nos interesa destacar, en primer lugar, su trabajo en torno al método marxista, la lucha contra la dogmatización y la ideologización del marxismo, y, en segundo lugar, su reflexión en torno a la modernidad y lo mundial. Otros aspectos de su pensamiento no menos importantes, requieren de otro espacio para ser expuestos con cierto detenimiento.<sup>2</sup>

## El método dialéctico marxista

Lefebvre siempre defendió la vigencia y la superioridad del método marxista, cuyo objeto de estudio es la experiencia social e histórica, y que, sin embargo, debía de manera permanente revitalizarse, dialectizarse a sí mismo –esto es, impedir, mediante la crítica, que se petrifique, que se fije– al ir abordando los nuevos hechos que fueron conformando al mundo moderno.

Partiendo de estas premisas, podemos aseverar que el de Lefebvre es un pensamiento global y polémico, que integra tanto lo micro y lo macrosocial, la perspectiva histórica, como la voluntad de intervención para transformar. La reflexión de este filósofo se ubica en el centro de los acontecimientos, se interroga por lo nuevo, sin nunca abandonar –a pesar de todas las desilusiones y decepciones que se produjeron a lo largo del siglo XX, como el fracaso de la revolución socialista– el lema que los jóvenes del 68 tomaron prestado al surrealista André Breton: “hay que transformar el mundo y cambiar la vida”, consignas que a su vez provienen de Marx y de Rimbaud.

Desde la década de los treinta, bajo el imperio del más terrible dogmatismo sta-

<sup>1</sup> Rémi Hess, *Henri Lefebvre et l'aventure du siècle*, París, Métailié, 1988, p. 14.

<sup>2</sup> Como su reflexión teórica en torno al pensamiento de ciertos filósofos (véase su libro *Hegel, Marx, Nietzsche ou le royaume des ombres*, París, Castermann, 1975, por ejemplo) que según él son esenciales para pensar la modernidad, o el amplio conjunto de conceptos que elabora para analizarla.

linista que simplificó, esquematizó y congeló la riqueza creativa del pensamiento de Marx, Lefebvre estuvo luchando contra este marxismo dogmático, transformado en verdad revelada. Así, escribía en 1936: “Los marxistas muy a menudo hacen del marxismo un pesado dogma, una repetición fatigante de los mismos elementos, [...] este materialismo elemental habla mucho de las contradicciones –pero no de la unidad de los contrarios. Del devenir, pero no de la superación. De la realidad, pero casi nada de la apariencia. De la economía [y no siempre de manera precisa], pero en absoluto del fetichismo económico”.<sup>3</sup> Añadía que era preciso nunca dejar de denunciar estas traiciones cometidas contra el pensamiento marxista por facilidad, dogmatismo, deseo de poder.

En 1939, aparece su libro *El materialismo dialéctico*,<sup>4</sup> en el que también toma resueltamente posición contra el dogmatismo y trata de presentar al marxismo en su complejidad e introducir el concepto de enajenación que rechazan los marxistas dogmáticos. En los años sesenta, veremos a Althusser retomar esta condena al concepto de enajenación como no científico y a Lefebvre, fiel a su concepción abierta del marxismo, polemizando como aquél. Hay que recordar que el marxismo estructuralista de Althusser –supuestamente científico pero antidialéctico– se impuso y tuvo una enorme influencia durante más de dos décadas, periodo en el que el método dialéctico y el concepto de enajenación cayeron casi en el olvido.<sup>5</sup>

Por su parte, Lefebvre consideró hasta su muerte que la enajenación era un concepto operativo para analizar la sociedad actual (y de todos los tiempos) y pensaba que el mayor desafío del marxismo en el siglo XX era reflexionar sobre los nuevos problemas surgidos de una realidad en plena transformación, que Marx evidentemente no había podido prever ni pensar.

Esta tarea de reivindicar el método dialéctico –que desde Heráclito ha ido ocultándose y reapareciendo según las épocas, como si fuera el fundamento mismo de la realidad, o cuando menos de la percepción que de ésta tiene el ser pensante– la prosiguió Lefebvre a lo largo de toda su vida y es así como, poco tiempo antes de su muerte (en 1986) publica *El retorno de la dialéctica, doce palabras clave*,<sup>6</sup> en el que

<sup>3</sup> Henri Lefebvre y Norbert Guterman, *La conscience mystifiée*, París, Gallimard, 1936, p. 259.

<sup>4</sup> Henri Lefebvre, *Le matérialisme dialectique*, París, Alcan, 1939. Esta edición fue destruida, pero a partir de 1947 se hicieron numerosas reediciones y traducciones. Otro texto en el que se ocupa en forma específica del método dialéctico es *Logique formelle, logique dialectique*, París, Editions Sociales, 1947, que conocerá una segunda edición hasta 1969. (En español: *Lógica formal, lógica dialéctica*, México, Siglo XXI Editores, 1970).

<sup>5</sup> En América Latina, el libro de Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, publicado en 1969, y del cual se han hecho hasta hoy en día más de 60 reediciones, sirvió de difusor de este marxismo elemental, simplista, que “generaciones de latinoamericanos aprendieron de memoria convirtiéndolo en una especie de catecismo laico” (*La Jornada*, 3 de diciembre de 2001).

<sup>6</sup> Henri Lefebvre, *Le retour de la dialectique, 12 mots clés*, París, Messidor/Editions Sociales, 1986.

señala los conceptos que nos pueden servir para abordar y entender la realidad del nuevo orden mundial que se ha ido construyendo desde los años sesenta. Lefebvre considera este texto como un libro-acción, una guía para explorar el “dédalo laberíntico de lo mundial”. Su propósito es *hacer pensar* partiendo de la dialéctica marxista. A la vez nos indica que los autores que cuentan en esta reflexión son para él, Marx, Hegel, Heidegger, Nietzsche, Adorno y Musil. Y las palabras clave que le sirven a Lefebvre para abordar dialécticamente la mundialización son las siguientes: Estado, historia, información (comunicación), lógica, filosofía, política, producción, cotidiano, relación (relativo), revoluciones, socialismo, urbano. Cada uno de estos conceptos proporciona aproximaciones sucesivas al complejo proceso de la mundialización.

¿Por qué no admitir, nos dice en la misma obra, que el pensamiento de Marx constituye un “nudo inicial”, un germen efervescente, el fermento de una concepción del mundo que se desarrolla sin que se pueda ni se deba evitar la confrontación con otras grandes obras, como las de Freud o de Nietzsche? Este fermento depositado en el mundo moderno actúa sobre y dentro de este mismo mundo y contribuye a su transformación. Ahora bien, es evidente que el pensamiento marxista no es el único elemento que contribuye a esta transformación de la que no se sabe con certeza a dónde se dirige. Se trata de un despliegue a través de múltiples contradicciones. En el curso de este desarrollo contradictorio, hay estancamientos, retrocesos y declives, pero también hay innovaciones, agregado de nuevos conceptos que acompañan la agonía y desaparición de otros.<sup>7</sup>

Lefebvre insiste en que no basta el pensamiento de Marx para comprender (¿y transformar?) el mundo moderno, sino que se deben agregar las reflexiones de otros pensadores. En esto ha sido indiscutiblemente pionero entre los marxistas, quienes siempre tomaron a Nietzsche, por ejemplo, con muchísima desconfianza. De acuerdo con él, hay que retener algunos conceptos marxistas, rechazar otros y agregar otros nuevos elaborados por otros pensadores. Lo cotidiano, lo urbano, el tiempo, el espacio social, la tendencia hacia el modo de producción estatal, son algunos de los conceptos que el propio Lefebvre aportó.

Dentro de esta perspectiva, el marxismo se concibe, por un lado, como un método dialéctico que, por este mismo hecho, está siempre en movimiento –aunque solidario de ciertos conceptos ya instituidos– y, por otro, como método analítico y crítico de un devenir histórico del que formó parte, a saber: el “socialismo real”. De esta manera, el pensamiento de Marx continúa desarrollándose al nivel de la actualidad mundial para ayudarnos a comprenderla y, evidentemente, para tratar de cambiar su curso.

Tres son, pues, las propuestas de Lefebvre: 1) Valerse del marxismo como método dialéctico para conocer lo nuevo de la realidad contemporánea, a saber: lo mundial,

<sup>7</sup> *Idem*, p. 145.

la mundialización; 2) emprender el análisis crítico de la historia del siglo xx y, en consecuencia, de la verdadera naturaleza del “socialismo real”; 3) pensar y desarrollar el instrumental teórico que permita cambiar el rumbo hacia una sociedad más justa, más humana.

## La reflexión en torno a la modernidad y lo mundial

La modernidad y posteriormente lo mundial son los ejes en torno a los cuales gira el análisis crítico de Henri Lefebvre. Ambos conceptos se abordan de manera dialéctica a partir de sus múltiples facetas (económicas, sociales, políticas, culturales).

Desde 1946, Lefebvre comienza a emplear el término “modernidad” para designar a la nueva realidad de su tiempo, que habiendo comenzado a gestarse en el siglo xix termina por revelarse plenamente y en toda su complejidad en el siglo xx.<sup>8</sup> El estudio de la vida cotidiana le sirve de hilo conductor para captar y analizar la modernidad. El análisis de lo cotidiano se completa con otros aspectos: el paso de lo rural a lo urbano, los problemas del espacio y la ciudad, el papel del Estado y, más tarde, de las instituciones y poderes transnacionales. Muchas de estas líneas sirvieron de guía a otros investigadores para estudios más específicos. Así, sus obras sobre el espacio urbano siguen siendo referencia esencial para arquitectos, urbanistas y sociólogos.

Al analizar la modernidad, Lefebvre nos dice que puede hablarse de una “catástrofe silenciosa” cuando, hacia 1910, empiezan a desmoronarse y desaparecer en Europa los principales referentes (valores y normas) de la práctica social. Se va acabando lo que parecía definitivamente establecer en particular las nociones de espacio y tiempo: el antiguo espacio euclidiano y newtoniano es reemplazado en el terreno del conocimiento por el de la relatividad de Einstein. De igual manera, se descomponen la representación del espacio sensible y la perspectiva, lo cual puede observarse en la pintura (Cézanne y el cubismo) y en la música (con la disolución del sistema tonal y el paso a la atonalidad). En forma similar, los sistemas –caracterizados por su organización y coherencia interna– se desintegran: la filosofía, la ciudad (como tradicional centro histórico), la familia con la figura del padre, e incluso la historia misma. Se trata, según Lefebvre, de una mutación singular, que no es percibida ni vivida como tal –salvo por los espíritus más lúcidos–, puesto que por aquel entonces estas transformaciones no

<sup>8</sup> Citemos algunas de las obras en las que se ocupa de la modernidad a partir de los cambios que se operan en la vida cotidiana: *Critique de la vie quotidienne*, vol. I; *Introduction*, y vol. II; *Fondements d'une sociologie de la quotidienneté*, París, L'Arche, 1961; *Introduction à la modernité*, París, Minuit, 1962; *La vie quotidienne dans le monde moderne*, París, Gallimard, 1968; *Critique de la vie quotidienne*, vol. III; *De la modernité au modernisme (Pour une méta-philosophie du quotidien)*, París, L'Arche, 1981.

afectaban a lo cotidiano, ámbito en el que sobrevivía aún la antigua realidad con sus viejas representaciones.

Del hundimiento de los valores europeos (en los que se incluye el logos occidental, la racionalidad activa, el humanismo liberal, la filosofía y el arte clásico) emergen tres “valores” que van a presidir a la modernidad a lo largo del siglo xx: la técnica, el trabajo y el lenguaje.

La *técnica* ha ido cobrando poco a poco una existencia autónoma –tal como ha sucedido con el dinero y la mercancía– desarrollándose como potencia a la vez positiva y negativa, que transforma lo real pero también puede destruirlo. El *trabajo* rivaliza con la técnica pero se ha ido desvalorizando en la medida en que el progreso de esta última permite suplantarlo (mediante la robotización). El *lenguaje*, a su vez, como discurso, ha aportado valores de reemplazo y sustitución; el lenguaje, sin otro referencial que sí mismo, no tiene valor por su verdad o por su nexo con una realidad externa, sino por su coherencia; en consecuencia, el discurso se fetichiza, mientras su sentido se pierde transformándose en mera retórica.<sup>9</sup>

Un actor esencial en el panorama del siglo xx es el Estado. Lefebvre dedicó cuatro volúmenes a su estudio, que se articulan como sigue: 1) El Estado en el mundo moderno; 2) la teoría marxista del Estado, de Hegel a Mao; 3) el modo de producción estatal, y 4) las contradicciones del Estado moderno.<sup>10</sup> Estos cuatro libros, por desgracia muy poco conocidos, son claves –a nuestro modo de ver– para llevar a cabo un análisis teórico e histórico del siglo xx, por lo cual merecerían un estudio especial. Aquí no podemos hacer sino indicar su contenido en una forma muy somera. El análisis del Estado ha conducido a Lefebvre a la idea de lo mundial, idea que se va perfilando poco a poco en esta magna obra y que más de 20 años después resulta ser un concepto esencial para la mayoría de los pensadores.

En los años treinta, a consecuencia de la gran crisis de 1929, el papel del Estado se transforma con el propósito de evitar las crisis y mantener el crecimiento económico, interviene en la economía mediante estrategias que implican coordinación, regulación, planificación. Pero esta intervención solamente se volverá general hacia los años cincuenta, después de la Segunda Guerra Mundial. El Estado adquiere entonces su papel dominante, la intervención económica en pos del crecimiento comporta una ampliación e intensificación del control estatal (burocrático) sobre la sociedad, que se ejerce mediante instituciones y por medio de estrategias a las que la sociedad debe subordinarse y que se aplican combinando represión y tolerancia. Este control, que se extiende a la cultura y al conocimiento, se acompaña asimismo de políticas protectoras para los trabajadores mediante las cuales, a la vez que es reconocida, se

<sup>9</sup> Véase H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, vol. III, *op. cit.*, pp. 48-50.

<sup>10</sup> H. Lefebvre, *De l'Etat*, UGE, colección 10-18, 1976-1978 (4 tomos).

logra neutralizar su fuerza política y convertidos en “asistidos” (dependientes de la asistencia y seguridad sociales que les otorga el Estado “benefactor”).

En aquel tiempo (mediados del siglo) lo cotidiano comienza a ser invadido por la técnica, el conocimiento científico y la acción política, que aspiran a dirigir la vida cotidiana mediante una gestión racional. A causa del vertiginoso desarrollo y perfeccionamiento de los medios de comunicación (radio, teléfono, televisión, cine, etcétera), una nueva opacidad se interpone en las relaciones sociales. Poco a poco se acelera el deslizamiento de lo concreto (que conserva una dimensión humana y es producto de una acción práctica inmediata que tiene un sentido preciso) hacia lo abstracto (que, opuesto a lo concreto, es producto de intermediaciones que vuelven opaco el proceso del cual surgen). Esta evolución desembocará en un modo de existencia social (lo abstracto-concreto) en el que lo abstracto adquiere una realidad concreta. Ejemplo de ello es el poder del dinero, en particular de los flujos financieros: nada más abstracto y a la vez terriblemente concreto que la Bolsa. Asimismo, las empresas transnacionales vuelven cada vez más opaca la relación entre productor y consumidor, pues la distancia entre ellos crece tanto que ya resulta difícil percibir un peligro y por ende ejercer un control; esta distancia puede ser física (¿quién sabe dónde se fabricó tal producto?) y mental (¿quién sabe qué empresa(s) se encuentra(n) detrás de otra, y cuál es exactamente la composición siempre variable de su capital?). Y al mismo tiempo es casi imposible no estar involucrados en el crecimiento de esas transnacionales ya que dominan el mercado e imponen sus productos.

En los años sesenta el Estado moderno se generaliza y se mundializa. Se vive un periodo de prosperidad y optimismo; se cree que, gracias a la gestión racional llevada a cabo mediante la intervención del Estado, pueden evitarse las crisis y que el crecimiento será ilimitado. En la misma década da comienzo una nueva revolución científico-técnica que repercute principalmente en el desarrollo de la informática y la cibernética, se realizan innovaciones que se aplican a la gestión y la producción, los procesos del trabajo se modifican y el sector terciario se incrementa aceleradamente.

La mundialización del Estado se realiza junto con la extensión y el fortalecimiento del mercado mundial, principalmente al empezar a desempeñar un papel determinante en el mercado –al lado de los productos más variados y de la fuerza de trabajo– la energía (petrolera y nuclear), la información, la “materia gris”, las obras de arte, etcétera. Este proceso coincide con la aparición de las firmas transnacionales, algunas de las cuales forman parte de los poderes mundiales.

Al mismo tiempo, asciende el poder de la tecnocracia, cuya competencia y saber tienden a fetichizarse. Lo cotidiano es organizado, las necesidades de la gente se programan, se catalogan, se incitan y se crean artificialmente. Mediante los medios de comunicación masiva, la publicidad sugiere a los consumidores cómo se debe comer, vestir, limpiar, etcétera, para “vivir bien”, lo que se debe comprar y “por qué”,

nos ofrece el instructivo para un “buen” uso del tiempo y el espacio. Esta vastísima operación genera un empobrecimiento de la vida cotidiana y la alienación del individuo aumenta porque a partir del “consumo burocráticamente dirigido” los medios de comunicación, valiéndose de la imagen, lo cuantitativo, lo repetitivo, la puesta en escena, terminan por crear necesidades artificiales que impulsan el consumismo.

Las firmas transnacionales se consolidan y crecen, se vuelven poderes supranacionales y presionan cada vez más al Estado-nación. Las fronteras entre las soberanías de los Estados-nación se vuelven porosas, tienden a disolverse en lo mundial, que comienza a predominar.

En la década de los setenta, el sistema capitalista atraviesa por una aguda crisis. Aumenta el precio del petróleo, hay inflación y desempleo en los países desarrollados, así como estancamiento de las actividades productivas tradicionales. Todo esto hace que la ideología del crecimiento ilimitado se vea seriamente afectada.

Ahora bien, esta crisis que pareciera volverse permanente, se acompaña de radicales y aceleradas transformaciones que marcan el inicio de una nueva época cuyos rasgos comienzan a hacerse más nítidos en la década de los ochenta.<sup>11</sup> Esta nueva etapa, a la vez que la prolonga, modifica intensamente lo que Lefebvre llamó modernidad y da lugar a lo que él mismo denominó *lo mundial, la mundialización*. “Si hubiera que resumir su [mayor] aportación a los jóvenes lectores que descubren hoy en día a Lefebvre –nos dice Rémi Hess–, habría que hacer referencia a su reflexión sobre lo mundial, sobre la mundialidad”.<sup>12</sup>

Para Lefebvre, lo mundial no está constituido solamente por el mercado, sino que se debe tomar en cuenta, además, las relaciones de producción y las relaciones sociales. Lo mundial es algo preciso, concreto en el sentido de que todo debe pensarse a escala planetaria.

Para él, la emergencia de lo mundial, como cualquier realidad nueva, es contradictoria y, por lo tanto, dialéctica. Por un lado, pueden subrayarse la unidad, la homogeneidad mundial que se observa, por ejemplo, en el ámbito de la aceleración de las comunicaciones. Sin embargo, al mismo tiempo las diferencias se acentúan. Las identidades concretas se confrontan, se oponen. Hay enfrentamientos entre una tendencia a la homogeneización y una tendencia a la fragmentación, a la diferenciación. Para Lefebvre, este proceso dialéctico es uno de los factores que definen lo mundial, y las modalidades de su realización son aún imprevisibles.

La mundialización se efectúa por medio del mercado, de la información, de las multinacionales (es así como la IBM forma parte de lo mundial y de la mundialidad),

<sup>11</sup> H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, vol. III, *op. cit.*, pp. 80 y ss.

<sup>12</sup> Rémi Hess, *op. cit.*, p. 312. Se debe señalar que apenas a partir de los años ochenta en los medios intelectuales anglosajones se empezaron a emplear los términos *globalidad* y *globalización* para designar este complejo proceso en curso, limitándose a los aspectos económico y financiero.



pero también por las luchas que se desarrollan contra las multinacionales (como las luchas antiglobalización que se iniciaron en Seattle en 1999). Asimismo, este proceso se lleva a cabo por las mutaciones de las poblaciones, los intercambios y flujos de la mano de obra. Hay estrategias mundiales, pero también fenómenos<sup>13</sup> ¿Cómo se conforman los centros de decisión del nuevo poder? ¿Por qué instituciones como el FMI y el BM si que se están desarrollando y de los cuales se sabe poco y se estudian menos aún. La postura de Lefebvre en relación con el mundo moderno implica una visión global. Pero el concepto de lo mundial, señala Lefebvre, nos confronta con la supervivencia misma del mundo. Con lo mundial está en juego el porvenir del mundo entero.

Cabe señalar algunas de las ideas que expresó en la última entrevista que concedió, pocos meses antes de su fallecimiento. Después de recordar la dificultad que siempre existe para que los contemporáneos entiendan con detalle su propia época, lo que están viviendo, ya que en ella cohabitan la aparición de nuevas relaciones y la permanencia de las antiguas, afirmaba que, para la nuestra (fines del siglo XX), su contradicción fundamental y característica, “digamos que es la posibilidad sin precedente de autoproducción consciente y, al mismo tiempo, la posibilidad de autodestrucción de la humanidad. Podemos formular esto de otra manera: nos encontramos en el momento de una perturbación fundamental, tal vez de una alternativa drástica –pero que no depende solamente de nosotros– ya sea la autodestrucción, ya sea la pacificación”.

Para él, la autodestrucción puede darse de varias maneras, tan desastrosas unas como otras: primero habla de la autodestrucción por la vía ecológica, y vemos a diario lo terriblemente real de este peligro (ecocidios, contaminaciones por todos lados, cambio climático, etcétera); después, siempre existe el riesgo militar “simplificado”, esto es, la brutalidad de una conflagración nuclear aunada o de guerras bacteriológicas, pues no faltan las armas de destrucción masiva y los riesgos latentes (actual tensión entre la India y Paquistán, ambas potencias atómicas; terrorismo, etcétera); por último, mencionaba la eventualidad de una descomposición social, lo que tampoco puede descartarse en absoluto: pérdida de referentes, de valores, delincuencia, creciente violencia social, etcétera.

Además, estimaba que el camino de la transformación no es fácil de descubrir y menos de realizar, pero “es el único que puede evitar los riesgos arriba enunciados”. Para ello un regreso a la utopía le parecía inevitable:

Pensar hoy en día la transformación obliga a pensar utópicamente, es decir, a prever varias clases de futuros posibles y escoger entre ellos. La utopía ha sido desacreditada, pero hay que rehabilitarla. La utopía no se realiza nunca; sin embargo, es indispensable

<sup>13</sup> ¿Cómo se conforman los centros de decisión del nuevo poder? ¿Por qué instituciones como el FMI y el BM siguen sus estrategias neoliberales duras?, ¿a qué y a quién obedecen realmente?, etcétera.

para estimular el cambio, esa es la función del marxismo en el seno del pensamiento contemporáneo. La utopía tiene su función e importancia aunque no se realice. El sueño de una sociedad igualitaria, de la abundancia, se encuentra al alcance de la mano pero siempre se nos escapa. En ello radica su función estimulante.

Por último, después de reafirmar que si bien la sociedad moderna se mundializa nunca debe perderse de vista el hecho de que se *unifica* al mismo tiempo que se *diferencia*. Según él:

asistimos al fin de una cierta historia y [al] principio de una historicidad consciente, dirigida; [al] momento de una transformación pero también de una perturbación profunda. Puede terminar mal, por ejemplo en el caso de una guerra mundial, pero también terminar bien en el sentido de que se produzca una organización mundial planificada, todo eso depende de nosotros; por lo tanto, la responsabilidad de cada uno deja de ser una noción vaga.<sup>14</sup>

## Prospectiva y aportes de Lefebvre

En los albores del siglo XXI, la mundialidad se ha generalizado y se habla mucho de ella (aunque, de hecho, se habla más de globalización). ¿Cuál es, según nosotros, el aporte de Lefebvre?

- Primero, haber captado esta nueva realidad desde sus inicios (años sesenta) cuando muy pocos la percibían como tal.
- Segundo, el abordarla como totalidad dialéctica y no sólo como fenómeno meramente económico como muchos siguen haciéndolo. Y aquí se percibe nítidamente la diferencia entre la noción de mundialización, que quiere captar y entender esa gigantesca mutación como una totalidad y la de globalización, que responde a una visión anglosajona que sólo ve los aspectos macroeconómicos y financieros.
- Tercero, el de señalar sus contradicciones (Estado-nación/poderes transnacionales, homogeneidad/diversidad, integración/desintegración, inclusión/exclusión, etcétera).
- Cuarto, aunque no se sabe todavía con certeza hacia dónde se dirige ni cuáles son las modalidades de su transformación, el de no aceptarla como fatalidad

<sup>14</sup> Patricia Latour, Francis Combes, *Conversation avec Henri Lefebvre*, París, Messidor, 1991, pp. 16-

sin alternativa, sino de luchar por su transformación, por su reorientación.

La terrible experiencia vivida el 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias (guerra contra Afganistán e Irak y contra el terrorismo liderada por la súperpotencia, amenazas contra otros países, limitación de las libertades, etcétera) no hacen sino confirmar, por desgracia en su vertiente pesimista, las reflexiones de nuestro filósofo. Es de esperarse que otras fuerzas políticas, institucionales, civiles, puedan contrarrestar